

PRIMERAS PALABRAS

No era fácil callar a los niños. Lloraban al mismo tiempo, parecía que se pusieran de acuerdo. Esos niños lloran como unos descosidos, decía Felisa desesperada, sin saber a quién atender primero. A veces se calmaban con el chupo, pero otras era imposible distraerlos. Se ponían morados y ya no respiraban. Felisa los sacudía, les tocaba los pañales a ver si estaban mojados o les ponía el biberón por si tenían hambre. Yo siempre la ayudaba con Pepe que era un poco más tranquilo. Pacho se arañaba la cara y saltaba como una pelota de caucho. De tanto llorar, el ombligo se le salió. Parecía una pepa de cereza. Mamá se lo tapó con un botón y lo selló con esparadrapo.

¡Dios mío!, cómo los quise cuando eran pequeños, eran igual que dos garrapatas cuando les acercaba la mano. Un día la tía Ana y mamá aparecieron cada una con un bulto azul en los brazos. Entraron en la sala y nos llamaron a Tomás y a mí. Aquí están sus hermanitos, tenemos que cuidarlos mucho. Tomás se escondió debajo de la mesa y no quiso salir hasta que lo convencieron dándole unos dulces. Estaba celoso porque ya no era el más pequeño, es decir, el más consentido. Cada vez que se acercaba trataba de hacerles una maldad. Para mí, en cambio, eran dos cositas pequeñas y graciosas, con los pelos muy negros y lisos, los ojos cerrados e hinchados, una mezcla de animalitos y humanos que se retorcían tapándose la boca con los puños siempre cerrados, pujando como perritos recién nacidos. A veces pujaban con más fuerza para hacer caca o dejaban salir de la boca una baba que mamá les limpiaba con un pañal humedecido con agua.

Cuando los cambiaban, yo subía a la cama para

mirarlos. De tanto ver, aprendí a hacerlo. Primero les quitaban el gancho y luego enrollaban el pañal sucio. Después los limpiaban con un algodón en las ingles y en los pliegues de la piel para que no se quemaran. Mamá decía que había que hacerlo con cuidado porque era una parte muy delicada. Yo le pedía permiso para tocarles el pipí tan raro, con una bolsita más oscura, debajo, y marcada con una línea, como una costura, en toda la mitad. A veces no resistía la tentación y hundía el dedo con suavidad en aquella cosa blanda. Cuidado, decía mamá, ¿para qué es eso?, preguntaba yo, extrañada de esas formas, pensando que allí se guardaban los orines. Eso es una *puquería*, decía mamá, y yo seguía sin entender su significado.

Todas las noches los bañaban y a mí me encantaba alcanzar el jabón, el aceite y los talcos. Cuando les quitaban la ropa berreaban. No les gustaba que los dejaran desnudos. Por eso se cerraban como garrapatas. De un sólo impulso encogían las piernas y los brazos y apretaban los puños. Pero mamá les echaba agua poco a poco y los sumergía en la tina, hasta que le encontraban gusto y chapoteaban.

Bien bañados y oliendo a talco Johnson, los gemelos eran dos muñecos. Yo entretenía a Pepe mientras le daban de mamar a Pacho y vigilaba para que Tomás no le metiera los dedos en los ojos. Si nos descuidábamos, él se venía encima de los niños y les hurgaba los ojos. Cuando me despertaban por la mañana, yo iba siempre a verlos, mientras Felisa hacía el desayuno. Pero empecé a aburrirme porque no podíamos hablar y yo era muy habladora. Felisa decía que yo parecía una lora mojada. Claro que también hablaba con visitas imaginarias, aunque recuerdo que algunas veces sacudía a la muñeca con rabia porque no conseguía arrancarle una palabra.

Nené, diga, TEN-GO HAM-BRE, nené, diga, MA-MA. Era inútil que me esforzara, ellos no respondían.

Nadie me lo pidió, pero yo me dedicaba a enseñar a hablar a los gemelos y a Tomás. A él no le perdonaba un error. QUERO COCHOLATE, le decía a Felisa, y yo saltaba encima como un grillo: QUI-E-RO CHO-CO-LA-TE, se dice CHO-CO-LA-TE. Él no me hacía caso, seguía hablando igual y, si yo insistía mucho, empezaba a llorar. Cuando no tenía con quién hablar me iba a la cocina a conversar con Felisa que se reía de las cosas que le contaba. La mitad eran inventos o trozos de cuentos que mamá me contaba por la noche, como el de la «Señorita hormiguita». Ese me encantaba porque imitábamos las voces de los animales y yo lo contaba siempre como si fuera la primera vez. Si Felisa me interrumpía, me ponía furiosa y volvía con la historia desde el principio.

Casi nunca peleábamos, pero si Felisa se reía de mí, la encerraba en la cocina. Le trancaba la puerta con un pasador por fuera y me iba al patio a buscar animales en la tierra. Al rato volvía a abrirle y la encontraba sentada en la mesa pelando papas. Ni siquiera levantaba la cabeza para mirarme. Lo que más me ofendía es que no me hablara. Pero yo me olvidaba de ella. Me encantaba quedarme en el patio sacando lombrices con un palito. Era muy fácil porque se enroscaban. A los ciempiés los dejaba caminar siguiendo la línea de una baldosa y enderezándolos con el palito, para que se desviarán. Entre las materas también había animales muy raros, tortugas pequeñitas con su caparazón. Mamá les decía viejitas. También cazaba unos bichos con antenas, como escorpiones, muy pequeños. Pero los cucarrones eran mis víctimas más frecuentes. Grandes, torpes y ciegos, se estrellaban contra la pared y caían al suelo. Algunas mañanas el patio aparecía

totalmente cubierto de cucarrones, tantos que ya no me entusiasmaba verlos. De puro aburrimiento cogía uno y lo desbarataba lentamente hasta que no quedaba nada de él. Primero le quitaba las alas blandas. Lo dejaba moverse un rato porque ya no podía escapar. Luego le quitaba las patas una por una y después le sacaba de la barriga una masa blancuzca que me ponía nerviosa. Me producía asco hacer eso tan sucio, pero quería destriparlos y ver lo que tenían dentro. Yo quería tocar esa masa babosa con los dedos, pero no me atrevía. Entonces la pisaba hasta hacerla desaparecer. En el suelo quedaba una mancha parda. Nunca pensé que pudiera dolerles lo que hacía. En cambio con las viejitas era distinto. A ellas las dejaba escapar. Eran tan bonitas, siempre agachadas como si estuvieran rezando.

Cuando Felisa me veía hurgando la tierra con un palito, me decía, parece una gallina, y yo le respondía, a usted, ¿qué le importa? Pues se le va a caer la lengua por grosera. Y así seguíamos hasta que yo empezaba a gritar y ella me dejaba en paz. Un día encontré una lombriz enorme y se la dejé encima de la mesa de la cocina, para que gritara. Si sigue mortificándome, le voy a decir a su mamá que le dé unas palmadas, me amenazaba. Pero eso no me importaba porque mamá llegaba a la hora del almuerzo y entonces Felisa ya no se acordaba de mis travesuras.

Me encantaban los animales. Mamá me contó que las hormigas pardas le declararon la guerra a las negras que eran pequeñas e inofensivas. Las pardas clavaban los aguijones en la carne y dejaban una ampolla enorme. Me fascinaba la vida de las hormigas, caminando en fila llevando la comida hasta las profundidades de la tierra donde tenían una despensa secreta. Yo hurgaba con un palo en lo más hondo para

obligarlas a salir. Felisa me decía que si les ponía azúcar, se volverían locas de felicidad. Cada vez que podía, entraba en la cocina a robar un poco de azúcar. Lo ponía en el hueco de las hormigas y esperaba a que salieran. Si me aburría, dispersaba el azúcar con el zapato y me sentaba contra una de las columnas del patio hasta que Felisa me llamaba a tomar el biberón. ¿Tan grande y todavía con biberón?, me decían las amigas de mamá. Miraba a Beatriz y pensaba que ella era una lombriz y yo la enroscaba en un palo y la echaba al pantano, para que aprendiera a no meterse en lo que no le importaba. Beatriz se peinaba con una moña tan alta, como si tuviera una lámpara en la cabeza.

Me acuerdo mucho de cuando tenía cinco o seis años. Aún no iba a la escuela, pero mamá me dejaba tareas todos los días, palitos y palotes, luego las vocales. Poco a poco aprendí a leer. Me encantaba dibujar animales y plantas. La casa donde vivíamos era muy grande y llena de zonas oscuras y luminosas. El patio era mi lugar preferido. Siempre estaba iluminado. Allí me entretenía con seres diminutos que existían de una manera extraña. Las zonas oscuras eran los cuartos cerrados donde vivían los espíritus que no me atrevía a imaginar. Todavía tengo un cuaderno lleno de aes, oes y ues de diferentes tamaños y en columnas tan torcidas que dan risa. A Felisa le parecían muy bonitos los dibujos que le regalaba y los guardaba en el baúl de su ropa.

Me gustaba cuando Felisa me decía, venga, Clarita, acompáñeme a darle un vistazo a los gemelos no sea que se ahoguen. Si estaban dormidos, ella los ponía con cuidado boca abajo y los dejaba tranquilos otro rato hasta que llegaba la hora del biberón. No teníamos que despertarlos porque eran como un relojito. Cuando en el radio decían faltan cinco minutos

para las doce, empezaban a llorar. Felisa iba con los biberones y yo detrás. Se los metíamos en la boca y ellos se aferraban al frasco. Felisa tenía que sacárselos de la boca de vez en cuando para que tomaran aire. Acababa uno y seguíamos con el otro y luego ella los recostaba en su hombro y les sacaba los gases. Casi siempre vomitaban un poco de leche. Por eso tenían un olor agrio. Cuando acababan, los metíamos en la cuna dormidos. Yo tenía que esperar a que se despertaran para jugar con ellos. AN-GU-GU era todo lo que decían, hasta que un día se les escapó un TA-TA-TA. Ya sé lo que dicen, le decía a Felisa, me gusta, me gusta el tete, eso es lo que están diciendo. Y me daba mucha alegría saber que podíamos hablar.

Pero los gemelos tardaron en salir de AN-GU-GU-TA-TA-TA, a pesar de que me quedaba horas frente a ellos tratando de arrancarles otra palabra. Me miraban y se reían mucho, pero nada más. Eso era todo lo que conseguía con un día de esfuerzo. Poco a poco aprendieron a quedarse sentados y Felisa me dejaba sostener uno, si me ponía en la cama de mamá que era grande. Cuando se despertaban de buen humor, escupían unos sonidos que les salían de la garganta y parecía como si se estuvieran entrenando. Si los oía hacer gárgaras con la saliva, dejaba lo que estaba haciendo y corría a verlos. Llegué a sospechar que me tomaban del pelo porque cuando me veían, se quedaban mudos. Sólo me miraban y reían y yo empezaba a hacerles cosquillas en las plantas de los pies y en la barriga. Al acercarlos la cabeza, agarraban un puñado de pelo y no lo soltaban. Tenía que llamar a Felisa para que me los quitara de encima porque eran como dos monstruos. Quieto, nené, gritaba Felisa y ellos se asustaban y ponían cara de llanto, entonces había que consolarlos.

¿Por qué no hablan todavía, mamá?, preguntaba yo, y ella me decía, cuando menos lo pensemos van a soltar la lengua, pero aún no porque son muy pequeños, ni siquiera caminan. Yo hubiera preferido que hablaran primero. Por eso me empeñaba en comunicarme con ellos. Llegué a pensar que AN-GU-TA-TA era vamos a jugar, el tete está rico, me gusta la cuna, quiero el chupo. AN-GU-TA-TA era todo. Yo preguntaba, nené, ¿cómo está el teté? Y Pacho respondía, AN-GU-TA-TA. Pero, de un momento a otro, vinieron GU-GA-GA, es decir, caca y GU-GU, es decir, rico. Con esas tres palabras empezamos a entendernos muy bien.

Cuando mamá llegaba de la escuela yo le tenía una pequeña sorpresa sobre los gemelos. Ella anotaba las cosas importantes en el álbum que les regalaron al nacer. *Hoy, veinte de noviembre de 1963 Pepe y Pacho sonrieron por primera vez.* También escribía las medidas y el peso. Pacho medía unos centímetros menos, pero lloraba más. Yo prefería a Pepe. Me parecía más bueno y atento a lo que le enseñaba. Pero me entretenía con el más inquieto. Cuando intentaron sentarse en la cuna, mamá también anotó en el álbum: *Pachito se sienta con esfuerzo y Pepe parece que lo imita.* Si Tomás pedía que anotaran cosas de él, mamá escribía: *Hoy Tomás me pidió que escribiera algo sobre él en el álbum. Voy a poner que se porta muy bien y que es un niño muy obediente y cariñoso con su madre.* Tomás se reía entre incrédulo y contento. De mí escribió: *Clarita es una niña muy juiciosa que cuida a sus hermanitos y les enseña muchas cosas, parece una profesora.* Eso anotó el veinte de noviembre de 1963.

Aquel día quizás maté unos cuantos cucarrones pero no se lo conté a nadie. A mamá no le gustaba que fuera tan sucia y Felisa me acusaba de ser cruel con los pobres cucarrones. Esta noche vendrán las almas de los cucarrones a

asustarla, me advertía. Pero yo no le creía porque sabía que los cucarrones no tenían alma.

Entonces el tiempo no parecía llevar a ninguna parte. Podía quedarme una tarde observando los movimientos de los gusanos y poniéndoles trampas. Las cosas ocurrían muy despacio. Yo no tenía idea del correr de los días, pero disfrutaba los cambios de los gemelos. Les asomaba un diente, se querían poner de pie, empezaban a gatear, cogían la cuchara y había que perseguirlos por la casa. Lo más cómico es que cuando a ellos les salieron los dientes de abajo, a mí me arrancaron uno de arriba. Felisa me lo arrancó con un hilo y se lo dejamos al ratón Pérez. Mamá lo guardó en un cofre y yo se lo mostraba a las visitas muy orgullosa.

Un día la adelfa que estaba en el patio amaneció llena de orugas. Eras tantas y tan gordas que daban ganas de vomitar. Tal vez lo que más me molestaba era su color rosa pálido y su inmovilidad. Enroscadas a las ramas se aferraban desesperadamente cuando intentaban desprenderlas. Felisa gritaba cada vez que me acercaba. Tuvimos que llamar al señor de la tienda de fertilizantes para que nos aconsejara un veneno contra las orugas. El señor nos aconsejó que rociáramos la adelfa con petróleo disuelto en agua. Y así las matamos a todas. Al día siguiente muchas estaban en el suelo. Mamá y Felisa les prendieron fuego y nunca más volvimos a saber de ellas. Esta noche vendrán las almas de las orugas a asustarla, le dije a Felisa y ella empezó a gritar y a taparse la cara con un trapo. Y todo el día estuve gritándole eso, hasta que amenazó con encerrarme en el baño, si seguía. Yo sabía que Felisa no haría una cosa así. Por eso seguía gritándole lo mismo, sin parar, hasta que me cansé.

Me imagino que tenía muchas cosas que hacer, no sólo

atormentar a Felisa. A veces me acordaba de las tareas que me dejaba mamá y me ponía a hacer las vocales. Felisa sacaba un asiento y una mesa pequeña y los colocaba en el patio. Venga para acá, Clarita, dibújeme unas orugas y yo le dibujé la adelfa con las orugas. Pero hice una mezcla de cosas. No se distinguían las hojas de los gusanos. De todas formas, a Felisa le gustó y lo guardó en el lugar de siempre. *Hoy dos de diciembre de 1963 acabamos con una plaga de orugas que se estaba comiendo la adelfa del patio. Clarita dibujó la mata con todas las orugas agarradas a las ramas, anotó mamá, en su Cuaderno de Recuerdos y Poesía.*

El dos de diciembre de 1963 ocurrió otra cosa importante que no sé por qué no figura en el álbum ni en el cuaderno de mamá. Entre el alboroto por las orugas muertas y la visita del señor de la tienda de fertilizantes, los gemelos empezaron a berrear y mamá me pidió que fuera a cuidarlos mientras ella y Felisa hacían la hoguera. Yo le puse el chupo a Pepe y traté de calmar a Pacho, haciéndole cosquillas en la barriga. Este empezó a sonreír y soltar todos los sonidos que yo conocía, pero de repente se agarró las patas y dijo muy claro, PA-PA. Lo repitió varias veces. Ahora, nené, le ordené yo, diga, MA-MA, pero se quedó mirándome con ojos de bicho raro y luego se rió. Yo salí corriendo a contárselo a todo el mundo. Recuerdo que grité, pero nadie me hizo caso.

Me quedé viendo cómo se retorcían las orugas mientras ardían. Cuando terminaron mamá se sentó a tomar café con el hombre de los fertilizantes. De vez en cuando yo tiraba de la falda de mamá para que me escuchara y en medio del alboroto decía, mamá, Pacho ya sabe decir PA-PA, pero ella no me escuchaba y seguía con la conversación. Al oírlo decir PA-PA, me pregunté sorprendida, ¿dónde estará papá?,

¿por qué no viene? Papá está trabajando, decía mamá, y un día de estos vendrá. Con tanto como se habló de ese tema no veo nada en el *Cuaderno de Recuerdos y Poesía*, sólo un comentario: *Hoy 7 de agosto de 1962 Pedro salió furioso y se llevó la ropa*. El cuaderno es marca CARDENAL. Tiene las tapas azul pálido y las letras azul oscuro, casi negro. Abajo lleva un recuadro: CUADERNO DE: Recuerdos y Poesía, PERTENECE A: Sara de Osorio. Las hojas están amarillas y la tinta escurrida emborrona las letras. Antes se escribía con tinta y plumero. Ya no se usan esas cosas, ahora escribimos con esferos. Mamá copia pensamientos y poemas y ensaya una novela en la que cuenta cómo era su vida cuando era pequeña. Si está de buen humor, me lee un trozo. Desde pequeña yo la veía coger su cuaderno del cajón del armario y me sentaba a mirarla escribir. Mamá, léame, le rogaba, y ella me leía un trozo y paraba, siga mamá, le pedía, y ella dejaba de escribir y me contaba una historia. No me importaba que la repitiera porque siempre era como si me la contara por primera vez. Cuando ella no estaba, yo subía en un asiento y bajaba el cuaderno del armario. Me gustaba leer sus recuerdos: *Papá nos mandaba a la montaña a buscar las bestias. La neblina no nos dejaba distinguir a los animales. Angustiadas empezábamos a llamar a los caballos, Azabache, Furia, ¿dónde están? ..., preguntábamos con lágrimas en los ojos, pensando que papá podía disgustarse.*